

QUINTO B INTERNA CIONAL

04



Héctor Fabio Peña Soto

(...) Toma la pelota Marzolini, tira un mediocentro para allá, allí la recibe Sanfilipo, tira un mediocentro para acá, Pando la consigue y hace un dribling, luego la coloca por detrás, toma nuevamente Sanfilipo y ¡goool! (...)

La Pachanga del Fútbol

Pocos saben de esto y los actores de la comedia no lo recuerdan mucho porque casi no les importó. Fue una recocha más de las de nuestra costumbre colegial, en la hoy cancha muerta de los bavaros. Pero a mí jamás se me olvidará. Doy la vida y tres brincos por el fútbol; respiro, como dicen en este tiempo, veinticuatro y siete por el rey de los deportes.

—¡Ah!, este muchachito cómo pateo—, dizque solía decir mi ruca madre en el proceso de mi vida intrauterina.

En el arco, Leyenda. El cuarteto defensivo lo encabezaba Oliver, el

impasable, acompañado de Platanote Holguín, todo grandote y repartidor de leña... una mamacita. Los laterales eran Gratis y Rafael, poco dúctiles pero efectivos para cortar y contragolpear. Salían como flechas por sus puntas y dejaban unos cráteres atrás que obligaban a doblarse para cumplirlos.

—Tenemos derecho a hacer goles, no jodan—, decían. Y ninguno discutía esa evidencia.

La creación estaba a cargo de este pechito que, aunque flaco, daba guerra y proyectaba goles. Me acompañaba Cetusa, que, aunque inclinado a la marca era un Gerson para bombear

“ La creación estaba a cargo de este pechito que, aunque flaco, daba guerra y proyectaba goles ”.

la pecosa “*a la cueva, a la olla, a la pelea*”, para ese par de saetas rojas que teníamos adelante. Corrían los cien metros en once cero seis cuando el récord nacional estaba en diez siete y el mundial en casi nueve ocho. Eran Orlando y Yotoco.

También jugaban en el medio el indiecito Gerardo, capaz de clavar en charcos de medio metro de profundidad cuando íbamos al río y no al fútbol. Con facilidad se infiltraba en las líneas enemigas para abrir huecos y buscar la llegada del Ñato Villegas, excelente dominador, clasudo pero con poco interés para jugar. A veces era más diez que nueve y yo asumía su sector y a ambos nos iba bien así.

— ¡Pa´onde vas, ve! —, me gritaba la abuela desde el lavadero que quedaba en la mitad del inmenso patio, hogar de pellares, iguanas, patos, torcazas, gallinas con

familia, y un níspero que se dejaba trepar para comerme su fruto dulce. Era también mi patio, mi ancho mundo compartido con mis víctimas de las carreras tras la pelota.

— Vení pa´ acá —. Y claro, había que obedecer porque si no, quién me defendería de la reprimenda de mi papá por dañar los pinreles.

Hasta cuando una tarde oí la canción de Marzolini, Pando y Sanfilipo. Esa fue la punta del iceberg que me dañó la cabeza para definir que más grande sería futbolista.

Tenía once años, jugaba en infantil en el equipo de mi escuela. Nos entrenaba el director, al que le dio por conformar un grupito de esa categoría para jugar el campeonato municipal. Todavía escucho el grito que me partió el sueño:

— ¡Ve, Soto, a vos te falta calor en las güevas para jugar esto! ¡Vos no servís!—.

Pero no nos desviemos del tema... Mi cuento iba en que fuimos el primer y único equipo de Buga que jugó un

partido de balompié con un conjunto internacional. Con esquema de recocha, sin árbitro, ni cancha demarcada visiblemente, ni reglas claras: prácticamente ganaba el que hiciera el gol.

—Ustedes juegan aquí siempre, ¿siempre? — nos preguntaron ellos.

—Sí, todos los jueves, entre dos y cuatro de la tarde.

—Es que nosotros queremos jugar. Nos gusta para mantener el estado físico-atlético bien. Somos algunos mexicanos, otros ecuatorianos, peruanos, chilenos y claro, colombianos. Por aceptar el reto en la portería del Hotel Mesón España les dejamos algo.

—Bueno, así quedamos.

En esos términos quedó firmado el compromiso. Íbamos a enfrentarnos a una selección del resto del mundo. Alguno de nosotros dijo que menos mal no había brasileños ni argentinos.

Llegado el día planteamos el partido como siempre, como una recocha más, aunque con emoción y culillo. No le dijimos nada a nadie.

Después de tantos años que vuelvo a repasar la experiencia, entiendo por qué nuestros rivales se retiraron cuando apenas iban como cincuenta y cinco minutos.

Un leñazo de uno de ellos en plena área terminó en penal para nosotros. Después de un gran alegato al fin nos dejaron cobrar. Les juro que Oliver nunca fallaba y ese día no podía ser la excepción. Disparó fuerte, arriba, buscando la araña del rincón derecho. Pero allá llegó el bendito arquero de ellos con una inverosímil acrobacia y atrapó la pelota. ¡Increíble! Eso nos dejó verracos.

La esférica rodó de nuevo y yo recibí un pase en profundidad de nuestro Gerson. Recibí la pelota de espalda, la paré en el pecho e intenté una chilena, pero mi guayo rozó la cabeza de uno de sus defensas, que cayó haciendo una vuelta canela. Después de eso dieron por terminado el partido y se fueron de la cancha así no más, sin decir nada y sin cobrar la falta.

De todas maneras, fuimos a la portería del hotel, donde descubrimos que nos habían dejado trece boletas de entrada al circo Real Alegría.

A las seis estábamos frente a la entrada. Ingresamos justo cuando iniciaban la música del desfile.

Había trapeceistas, payasos, domadores, contorsionistas, el anunciador, el mago. Allí estaban, justo ahí frente a nuestra incredulidad y sorpresa, los rivales del partido. En su única y real escena, en la que nunca los derrotaríamos, porque eran las estrellas del circo. ●